

DOMENICO SORRENTINO
obispo de Asís – Nocera Umbra – Gualdo Tadino



EL SANTUARIO DEL DESPOJAMIENTO

Carta pastoral

El carisma de Francisco, junto con el de Clara, es el privilegio de nuestra Iglesia particular y forma una comunidad hacia la que todo el mundo dirige su mirada. Los numerosos santuarios en Asís, ofrecen un carácter inconfundible. La “*seraphica civitas*” - así llamada incluso en la bandera de la ciudad - es como un santuario sin muros.

Con el fin de proporcionar una contribución a esta vocación especial de Asís, me ha parecido oportuno dar mayor realce a otro centro espiritual, que tiene su centro de gravedad en el obispado y en la cercana iglesia, vinculada a él, Santa María Mayor, antigua catedral de Asís. Es en esta área - cualquiera que sea el lugar exacto donde se produjo el episodio - que ocho siglos atrás el joven Francisco, en el juicio individual que lo veía oponerse a su padre Pedro Bernardone ante el obispo Guido, realizó el gesto dramático de despojarse de todo, para ser todo de Dios y de los hermanos. Por lo general, recordamos este gesto como el “despojamiento”.

El 4 de octubre del 2013, el Papa Francisco en Asís, además de otros lugares visitó también la Sala del despojamiento. Fue un día histórico para el redescubrimiento de aquel acontecimiento singular en la vida de nuestro Santo. Esto me ha animado a concentrar la mirada sobre este “ícono”.

La tradicional visita a los lugares franciscanos de nuestra ciudad lo había dejado un poco marginado, a pesar de que se había dedicado una magnífica pintura en el ciclo de Giotto en la Basílica Superior, y también numerosas representaciones biográficas y cinematográficas. La misma Sala del obispado que se utiliza para revivir el evento, y que lo recuerda con una pintura atribuida a César Sermei, llevaba hasta hace pocos años, el nombre inapropiado de la Sala del Trono, en referencia a un dosel que la decora. En los últimos años se ha hecho un continuo camino de redescubrimiento. De ahí también el nuevo nombre.

Muchos peregrinos visitan ahora la Sala del despojamiento. Se detienen también en Santa María Mayor. Esta antigua iglesia - tan esencial que aparece incluso ella “desnuda” - se ofrece como un lugar natural de la oración, para unir el recuerdo de lo que ocurrió hace ocho siglos con la meditación de lo que hoy significa seguir, como Francisco, las huellas de Cristo.

Por lo tanto, he querido conferirle la precisa fisonomía de “Santuario del despojamiento”. Encomiendo al cuidado de la Provincia Seráfica de los Hermanos Menores Capuchinos, que ya están comprometidos en el ministerio parroquial, la atención de esta nueva “perla” del paisaje espiritual de Asís.

Un gesto inspirado

3. Para captar los múltiples significados del despojo de Francisco, podemos iniciar con lo que, para ese momento impresionante y dramático, describe

Tomás de Celano: «*Presentándose ante el obispo, Francisco no duda ni se detiene por ningún motivo: sin decir o esperar palabras, se quita toda la ropa y la lanza a los brazos de su padre, quedando desnudo delante de todos. El obispo, impresionado por tal valor y admirando el fervor y firmeza de ánimo, se pone en pie inmediatamente, lo abraza y lo cubre con su propia capa. Comprende claramente que es un testimonio de un acto inspirado por Dios a su siervo, cargado de un significado misterioso. Así que desde ese momento se volvió su ayuda, protector y consuelo, envolviéndolo con sentimiento de gran amor*»¹.

Dejando a los historiadores la tarea de indicar, por cuanto es posible, los particulares históricos de tal evento, trataré de ofrecer algunas ideas que puedan inspirar el nuevo santuario en su tarea de evangelización.

Desnudez original

4. A la presencia del obispo, Francisco llegó impulsado por el enojo de su padre. Su camino de fe se había ya plasmado en gran medida en la oración contemplativa, en el que se ha insertado el mandato recibido del crucifijo de San Damián “Francisco, ve y repara mi casa que, como ves, está totalmente en ruinas”², y en la misericordia ejercida en favor de los leprosos: precisamente el encuentro con ellos fue - como dirá en el “Testamento” - el inicio de su “arrepentimiento”, de su conversión³.

En el nuevo modo de vida, que truncó décadas de vanagloria, se había comprometido a donar su riqueza para reconstruir iglesias y para el servicio a los pobres. El impulso interior lo llevó a hacerlo de una manera radical. ¡Darlo todo! Pero la objeción de los padres era comprensible: las mercancías en su poder eran, de hecho, la propiedad de su padre. Cuando el obispo le pidió devolver el dinero a su padre, él espontáneamente va más lejos: devuelve no sólo el dinero, sino también la ropa, quedando desnudo. Una desnudez que se presentará de nuevo en los últimos instantes de su vida. Cuando irá hacia la Porciúncula, para encontrarse con “la hermana muerte”, después de un tiempo de enfermedad pasado en el obispado, repetirá su gesto de juventud, pidiendo a sus hermanos: «Cuando ustedes me verán reducido al extremo, depónganme desnudo en el suelo»⁴.

La desnudez de Francisco trae a la mente el Edén. No es solamente un gesto de penitencia y renuncia. Es la nostalgia de la pureza original. Tiene algo de la belleza de Dios puesta en el cuerpo del hombre y de la mujer antes que del pecado perturbara la inocencia. Es desnudez que se proyecta hacia el esplendor del cuerpo resucitado, cuando el poder de Cristo dará nueva vida a nuestros cuerpos mortales. Es desnudez que reencuentra el sabor de la verdad y de la belleza, de la sencillez y de la sobriedad, de la conciencia serena de ser una criatura. Francisco encarna la sabiduría de Job: «Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré» (*Job* 1,21).

Cristo desnudo y el soplo del Espíritu

5. Pero hay más. La desnudez a la que Francisco se ofrece tiene un modelo preciso: Jesús crucificado. Los acontecimientos que había vivido antes de la sentencia en el obispado habían sido una verdadera pasión. Perseguido por su padre, se escondió durante un mes en un refugio subterráneo en San Damián, y luego se decidió a salir, enfrentando las burlas de la ciudad y la dureza del padre, que no dudó encarcelarlo en la casa⁵. Desnudarse delante del obispo fue la culminación de este camino de conformidad con Cristo. Gesto extravagante a la sabiduría humana, pero comprensible a la vista de la “*sapientia crucis*” (cf. *1Co* 2,1-2) revelada en el Gólgota, de hecho, ya presente en la encarnación de la Palabra de Dios. Dios mismo de hecho se “despojó”, cuando el Hijo eterno asumió nuestra carne mortal: «se despojó a sí mismo, tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres» (*Flp* 2,7). Buenaventura dice: «Así, pues, el siervo del Rey altísimo, fue dejado desnudo, para que siguiera al Señor crucificado desnudo, el objeto de su amor»⁶.

Encuentro con Cristo desnudo que no terminaba en la intimidad, sino que se extendía hacia el servicio a nuestros hermanos más marginados, en su tiempo, los enfermos de lepra. Discurso que nos desafía: «A medida que la Iglesia está llamada a ser el “manto de Cristo” para cubrir su Señor, así mismo se ha comprometido a hacer de la solidaridad con los desnudos de la tierra, para que recuperen la dignidad de la que han sido despojados. “Estaba desnudo, y me vestisteis” (*Mt* 25,36)»⁷.

6. En el episodio del despojamiento una palabra es decisiva: «Hasta ahora te he llamado mi padre en la tierra: a partir de ahora lo que puedo decir con confianza: Padre nuestro que estás en los cielos»⁸.

Pedro Bernardone tiene el rostro sombrío de un padre enojado y derrotado. Su lugar es ocupado por la ternura del Padre celestial. Para Francisco la oración del *Padre nuestro* ya no es una “fórmula”, se convierte en la piedra angular de su existencia. El espléndido fresco de Giotto libera sus brazos hacia el cielo, donde la mano del Padre lo atrae: encuentro místico en el corazón de la Trinidad. Francisco adquiere, en cierto modo, el rostro de Cristo. En sus labios florece la palabra *Abbá* sugerida, en lo más profundo del corazón, por el Espíritu Santo (cf. *Jl* 4,6; *Rom* 8,15). Sí, el Espíritu de Dios, como en Pentecostés, actúa en las palabras y en los gestos de Francisco. Pero también se puede entender en el discernimiento de Guido: «El obispo, al ver esto y admirando el hombre de Dios en su entusiasmo sin límites, de inmediato se levantó, lo tomó en sus brazos llorando y amable y bueno como era, lo cubrió con su propio palio»⁹. Horizonte Trinitario perfecto. Un modelo de relaciones eclesiales. Pocas veces en la historia de la Iglesia, institución y carisma se han encontrado con tal inmediatez. Francesco y Guido son los dos “cómplices del Espíritu”¹⁰.

La paternidad del obispo y la Iglesia-madre

7. ¿Era la primera vez que los dos se encontraban frente a frente? Tengo razones para creer que Francisco ya se había reunido con Guido. La *Leyenda de los tres compañeros* observa que, durante el período de su lucha interior, a “nadie confió su secreto ni confiaba en los consejos de ninguno, sino sólo en Dios y a veces en el Obispo de Asís”¹¹. De acuerdo con la misma historia, para desvestirse, Francisco entra en una habitación¹². ¿Cómo explicar, sin una familiaridad, tal dominio del obispado? La misma rapidez del obispo para darle la bienvenida, a pesar del gesto de su desnudez, se explica mejor si se piensa que Guido lo conocía y lo estimaba. Por otra parte, era Francisco, frente a la decisión del padre exponerlo a la opinión pública, para rechazar la apelación de los cónsules de la Ciudad y de preferir, por el hecho de ser un consagrado, el juez eclesiástico¹³. ¿No lo ha preferido también porque sentía que estaba de su parte? Si ese es el caso - a los historiadores la tarea de confirmarlo - me parece bello notar que a este gesto dramático, que era, de alguna manera, la declaración oficial de su nueva vida - casi una profesión religiosa *sui generis* - Francisco haya llegado a través de un proceso interior en el que el obispo lo haya acompañado. El nuevo santuario, de esta manera, se convierte en un lugar privilegiado para invocar la gracia de discernimiento. Un ambiente ideal para los jóvenes en busca de Dios.

8. La figura paterna, y se diría materna, del obispo nos lleva a otra dimensión: la perspectiva eclesial. Francisco se destaca en la historia de los movimientos evangélicos de su tiempo, por no haber opuesto jamás el amor a Cristo y el amor a la Iglesia. Esto no es debido a que no vea los límites que marcan la vida de la Iglesia, incluso en sus ministros. Pero en la *Regla*, como en el *Testamento*, es imprescindible: a los ministros de la Iglesia, incluso los menos ejemplares, es necesario garantizar el máximo respeto. Creo que, en esta profunda convicción, no haya faltado la influencia de esa relación especial tenida con el obispo Guido. En el ciclo de Giotto se ha fijado el momento en que el obispo le rodea con su capa, mientras que Francisco eleva su mirada al cielo. Hay, en este gesto, algo de bautismal. Francisco es regenerado, como en el día que fue sumergido en las aguas del bautismo. Incluso en el fresco que se puede admirar en la Sala del despojamiento hay una inspiración materna: el obispo extiende sus brazos al joven que se le abandona como un hijo. Una hermosa expresión de la Iglesia como madre. El icono del despojo pone así en evidencia dos dimensiones inseparables de la espiritualidad de Francisco: la radicalidad evangélica y la pasión por la Iglesia.

9. El padre se aleja de él con un mezquino puñado de riquezas que ahora para Francisco han perdido su valor. Una familia destruida. Es triste que, de un acontecimiento de gracia, la familia de Francisco se aleje así duramente puesta a la prueba.

Tiene que quedar claro: la familia es un valor de primera magnitud. Un mandamiento puntual de Dios orienta la relación entre padres e hijos: «Honra a tu padre y a tu madre». Lo que Francisco rechaza no es la relación de amor con su padre, sino el ídolo que lo persigue, el dios del dinero, con su lógica del poder y la gloria, a los cuales, Pedro pretendía plegarlo.

Al mismo tiempo, más allá de los afectos terrenos, Francisco muestra cómo el evangelio es capaz de generar un nuevo tipo de familia. “¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? [...] El que cumple la voluntad de Dios es mi hermano, hermana y madre” (Mc 3,33.35). El hijo de Pedro Bernardone está ahora en la pobreza y abandonado por su familia de sangre. Pero pronto nacerá a su alrededor una familia espiritual. Bernardo, Pedro, Silvestre, Egidio, - los primeros compañeros de Asís - y luego muchos otros. La respuesta de Dios - casi un regalo de bodas - a su despojo. Surge la *fraternitas* franciscana, cuyo ideal es vivir «según la forma del santo Evangelio»¹⁴. Es significativo que, en la Sala del despojamiento, en la pared paralela a la del fresco de la renuncia, se haya recordado el don de la Porciúncula, hecho de los benedictinos a Francisco. Entre el Santuario del despojamiento y la Porciúncula hay una unión significativa. Porciúncula: un lugar de contemplación y, también, laboratorio de fraternidad. No es una casualidad que nuestro proyecto diocesano de renovación de las parroquias con pequeñas fraternidades - las *Comunidades María Familias del Evangelio* - se basa en la experiencia de Jesús y de la primera comunidad cristiana, tenga su lugar de inspiración precisamente en la Porciúncula.

Economía alternativa

10. El gesto de Francisco, también puede ser leído desde un punto de vista poco habitual: el de la economía. A primera vista parece un acto anti-económico: ¿no es esto una pérdida de dinero? Si se ve bien, es sobre todo una profecía de una economía alternativa, cuyo motor no es el interés propio, sino la ética de la generosidad, de la fraternidad y de la solidaridad. Esto no excluye la atención sobre nosotros mismos, más bien evita el encerrarnos en nosotros mismos. No bloquea la espíritu de iniciativa y la misma ganancia, sino que los sublima en la capacidad de donar. El resultado es una mayor alegría para todos. Una perspectiva que hay que descubrir con urgencia, en un mundo gobernado por una economía que “mata” a beneficio de unos pocos y en detrimento de una enorme masa de seres humanos¹⁵.

En este aspecto social de “despojamiento” ha insistido el Papa Francisco durante su visita el 4 de octubre del 2013. Delante de él, en la Sala del despojamiento, había pobres y desempleados. «Esta es una buena oportunidad para hacer un llamado a la Iglesia a desnudarse. [...] Pero ¿de qué debe despojarse la Iglesia?. Se debe despojar actualmente de un peligro muy grave que amenaza a cada una de las personas en la Iglesia, a todos: el peligro de la mundanidad. [...] Así que muchos de ustedes han sido despojados de parte de este mundo salvaje, que no da trabajo,

que no ayuda; que no le importa si hay niños que mueren de hambre en el mundo; no le importa si muchas familias no tienen nada para comer, que no tienen la dignidad de llevar el pan a casa; no les importa que tanta gente tiene que escapar de la esclavitud, del hambre y huir en busca de libertad. Con mucho dolor, tantas veces, vemos que encuentran la muerte, como ocurrió ayer en Lampedusa. ¡Hoy es un día de llanto! Estas cosas genera el espíritu del mundo. Es ridículo que un cristiano - un verdadero cristiano - que un sacerdote, que una hermana, que un obispo, que un cardenal, que un Papa quieran seguir el camino de esta mundanidad, que es una actitud asesina. ¡La mundanidad espiritual mata! ¡Mata el alma! ¡Mata a la gente! ¡Mata a la Iglesia!»¹⁶.

Libertad para la misión

11. Después del despojamiento, Francisco deja el obispado y se dirige a Gubbio, donde «va hacia los leprosos y vive con ellos, a su servicio en todas las necesidades por amor a Dios»¹⁷. Una obra del escultor Fiorenzo Bacci lo muestra con las ropas pobres erizadas por el viento en su cuerpo casi desnudo, mientras que se encamina decidido señalando una dirección y dejando huellas que estamos invitados a seguir. ¿No es hora de aceptar la invitación? La Iglesia es misionera. Sin embargo, ¡qué pesados son los pasos de la misión, si llevamos en los hombros las cargas de la posesión y el poder! Hay que redescubrir - como Francisco - los signos de Jesús: «No lleven ni oro ni plata, ni dinero en sus carteras, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bordón» (Mt 10,9-10). ¿Podremos recuperar, finalmente, el impulso de la primera evangelización? ¿Recuperar la sencillez de las manos puras, de los corazones alegres, de las palabras pronunciadas con la vida?

Preludio del Cántico

12. El despojamiento es la premisa - casi un lejano preludio - del Cántico de Hermano Sol. Cántico pascual que brotó en la hermosa naturaleza de San Damián, propiciado por el amor y la oración de Clara: casi un balance - todo a favor - de una vida de desnudez. Renunciando a todo, Francisco recibe todo. Todas las cosas se transforman en su familia, desde el hermano sol hasta la hermana luna, desde el hermano fuego hasta la hermana agua. Un mundo en armonía, acogido todo como un regalo de Dios. Y allí donde se traba la armonía, debido a una libertad mal empleada, el Cántico dice la palabra de la reconciliación. «Alabado sea, mi Señor, por los que perdonan por tu amor...». Francisco añadió estas palabras al Cántico y lo hizo cantar en el claustro del obispado para reconciliar - y ¡lo logró! - el obispo y el alcalde de Asís. El Santuario de la despojamiento por tanto, también se ofrece como un santuario para la reconciliación: el lugar donde abandonar el orgullo y los caprichos que sofocan la paz, la cual nunca se construirá si cada uno no aprende a “despojarse” de sí mismo.

La mirada de la Madre

13. La iglesia erigida como santuario conservará la original dedicación a la Madre de Dios: Santa María Mayor. El reconocimiento mariano, lejos del obstaculizar el mensaje espiritual específico de santuario, lo profundiza. Antes que a Francisco la espiritualidad del despojamiento nos orienta, de hecho, hacia el misterio de Jesús. María participa en él con toda la fuerza de su “*fiat*”: el “sí” de la Anunciación y del Calvario. Ella vivió completamente despojada de sí misma, mujer del silencio y de la escucha atenta, una imagen transparente de Cristo. A Francisco no se le escapó este rasgo mariano del despojamiento. Su biógrafo anota que él «en todos los pobres descubría el Hijo de la Virgen pobre y llevaba desnudo en el corazón Aquel que ella había llevado desnudo entre sus brazos»¹⁸.

A la «Virgen hecha Iglesia»¹⁹, a su maternal cuidado, encomiendo este nuevo santuario e invoco para todos - especialmente para aquellos que lo visitarán y sobre los que van a ejercer allí su ministerio - abundantes bendiciones.

+ Domenico, *obispo*

Asís, 25 de diciembre del 2016, *Navidad del Señor*

¹ *Vida primera*, FF 344.

² Tomás de Celano, *Vida segunda*, FF 593.

³ FF 110.

⁴ *Vida segunda*, FF 810.

⁵ Cf. *Vida primera*, FF 336–343.

⁶ San Buenaventura, *Leyenda mayor*, FF 1043.

⁷ Papa Francisco, Carta Apostólica *Misericordia et misera*, 19.

⁸ *Leyenda mayor*, FF 1043.

⁹ *Ivi*.

¹⁰ Cf. D. Sorrentino, *Complici dello Spirito. La Sala della Spogliazione. Francesco e il vescovo Guido*. 2013 (1 ed. 2009).

¹¹ FF 1406.

¹² FF 1419.

¹³ *Leyenda de los tres compañeros*, FF 1419.

¹⁴ *Testamento*, FF 116.

¹⁵ Cf. Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* (2013) 52–60.

¹⁶ Cf. *L'Osservatore Romano* 5 de octubre del 2013.

¹⁷ *Ivi*, FF 348.

¹⁸ *Vida segunda*, FF 670.

¹⁹ *Saludo a la beata Virgen María*, FF 259.

